

Lo demás te lo enseñará el relámpago

Primera edición: marzo, 2024

© Luis Arturo Guichard, 2024

© Vaso Roto Ediciones, 2024

ESPAÑA

C/ Alcalá 85, 7º izda.

28009 Madrid

vasoroto@vasoroto.com

www.vasoroto.com

Grabado de cubierta: Víctor Ramírez

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ISBN: 978-84-19693-62-4

BIC: DCF

Depósito Legal: M-3462-2024

Luis Arturo Guichard  
**Lo demás te lo enseñará  
el relámpago**



Vaso Roto / Ediciones



La luz de las estrellas muertas  
hace que el mundo viva en la pupila.  
Esta cigarra que aletea en Madrid,  
según dicen, puede cambiar la vida  
de un chino, ese mismo que fabricó  
el papel y la pluma con que escribo.

Esa hoja que vuela va directa  
a ser cimiento de un nido de pájaro.

Cada célula de mi cuerpo  
está decidiendo ahora si vive  
o se convierte en cáncer y descuelga  
de un golpe todos los recuerdos.

La velocidad mira de reojo  
a ambos lados y piensa ensimismada.  
La inmovilidad tasca su freno de aventura.

Tú me miras y veo en tus ojos todas las preguntas.  
Yo te miro y ves en mí todas las que vendrán mañana.

La brisa que pasa entre los dos en este día  
perfecto tiene todas las respuestas.

Todo tiene un destino  
y al mismo tiempo no es nada,  
potencia pura camino del caos:  
sólo luz, sólo pupila, sólo cigarra,  
sólo persona, sólo hoja, completas  
y terminadas en lo que están siendo:  
el mundo que empieza y termina en mis pupilas.



[Ningún dios ni ningún hombre]

*Este mundo no lo hizo ningún dios ni ningún hombre, sino que siempre fue, es y será fuego eterno, que se enciende y se apaga alternativamente.*

HERÁCLITO, fr. 30 DK

Demasiadas vidas: ése es el fracaso del poeta.  
Ahora mismo y aquí, sólo pasando la vista.  
Un hombre joven –no llegará a treinta–,  
polo verde, cabello completo, bien parecido,  
espera en su silla de ruedas turno en el café.  
A su lado un hombre mayor, de barba,  
sostiene un cello con su funda en una mano  
y en la otra golpea un sobre grande contra su pierna.  
La chica universitaria, ojos grandes y jeans,  
que pasó vendiendo marcapáginas de Borges,  
ya va lejos entre las mesas.  
El repartidor de propaganda parado junto al altavoz  
es gordito, tiene rastas y parece un oso  
de peluche renegrado por la intemperie.  
Demasiadas vidas de las que no se sabe nada.  
Y de la propia, tampoco. Ésa es la vida de un poeta.

Para viajar hace falta creer:  
creer en la promesa de lo no visto  
todavía, en eso apenas intuido  
al quitarse los zapatos el día anterior.

Creer de la misma manera que para enamorarse  
o escribir libros: al filo del descreimiento,  
en la frontera de la duda con el fulgor.

Viajar, escribir libros, enamorarse son bellas ficciones  
que nos ayudan a vivir: si son buenas,  
se convierten en verdades  
por las que vale la pena casi cualquier otra cosa.  
Incluso a riesgo de ser un amante lastimoso,  
un mal poeta y un viajero extraviado.

Yo he sido los tres en un parpadeo.

Viajo poco últimamente. Gasto casi todas las energías  
que me quedan en las otras dos ficciones.

Si supiéramos que existe un camino  
que une todo esto con la misma certeza natural  
con la que un hueso se une a otro hueso.

Si hubiera, mejor aún, un solo camino  
posible, ya lo hubiéramos encontrado.  
Pero los mapas no son como los cuerpos  
ni las voluntades son como los huesos:  
dan vueltas, se enredan, se pierden,  
emergen de nuevo más allá de donde deben.

Los lugares por los que vamos pasando  
no nos llevan a nuestro destino  
como las venas, que tarde o temprano  
van a dar al corazón: dudan  
y toman decisiones, se arrepienten,  
amanecen de pronto donde no esperaban.

Sólo se parecen a los cuerpos en que ambos tienen  
sombra: una que se va deformando según caminamos.

*En Aoshima, una isla de 1,5 km en el sur de Japón,  
por cada persona hay seis gatos...*

*REUTERS*

Abrirás los ojos y te limpiarás la arena  
apelmazada de la cara y el cuello:  
un triángulo de poca extensión  
del que sobresale un torso, las piernas todavía  
en el agua. El sol dando ya poco brillo a la orilla.  
A tu lado sólo gatos. Te frotarás los ojos.  
Los cerrarás y volverás a abrirlos. Sólo gatos  
sentados alrededor y caminando frente a ti.  
Has visto esto en sueños muchas veces,  
pero tendrás que esperar un rato para saber  
si esta vez has logrado llegar a esa isla  
que está en Japón y sólo tiene ancianos y gatos.

Cada quien es su isla: puede llenarla con lo que quiera.  
Cada quien es su isla: y en ésta no estoy yo.

*Caer, precediendo a los que dudan,  
ése es el oficio de la flor.*  
*jisei no ku* (poema de despedida) de MISHIMA

Caer es el oficio de la flor,  
dijo el poeta en su última línea.

Y sin embargo buscamos todo aquello  
que no caiga, todo lo que pueda  
sostenerse por felicidad o por capricho.

Lo fijamos a fuego y a tinta,  
lo escribimos o lo tatuamos en la piel.

Algunos escriben para que lo vean todos  
–curioso oficio éste– y otros se tatúan  
donde sólo ellos puedan verlo.

Caerá de cualquier manera cuando el libro  
llegue a la planta de reciclaje y el cuerpo  
baje a tierra.

*Todo eso puede ser,  
me dices, pero tu libro tal vez termine  
siendo un estuche de cosméticos  
en un hotel secreto como éste  
y mi piel crezca de nuevo en una planta  
olorosa de interiores como ésa.*

*El oficio de la flor es caer, pero no tocar fondo.*

*Sé que el paraíso está diseminado:  
es tarea terrestre el reconocer  
sus flores dispersas en la hierba pobre...*  
YVES BONNEFOY (versión de C. Cámara)

En la tierra roja se recorta  
como si tuviera un cuchillo  
la huella.

En la tierra negra se escribe,  
no se cava, se deja pasar  
casi de largo la pisada.

En el barro no hay memoria:  
sólo un momento de duda  
que se supera con la lluvia.

En la arena es donde en verdad  
nos ponemos a prueba:  
cada paso está solo  
como si su camino no tuviera  
ninguna dirección  
y cada grano se marchara  
hacia un rumbo distinto.

Despojado de todo  
te recibirá la arena  
como a un paso huérfano,  
como a un paraíso enfermo.

Tarde o temprano ocurre  
que compras un libro, lo llevas  
al café de siempre, te acodas  
junto a la ventana y lees  
maravillado, cada vez más,  
qué buen libro, qué buen poeta,  
ése igual a ti y totalmente  
ajeno, eso escrito en esa lengua  
traducida, igual a la tuya y totalmente  
ajena. La vida tal vez, sólo tal vez  
sí está bien hecha.

Al final, sólo al final te das cuenta  
de que eso ya ha ocurrido en otro tiempo,  
en otra ciudad, iguales a éstos:  
ese libro ya lo habías comprado  
y ya lo habías leído y era maravilloso  
y ya lo habías olvidado. Lo cierras.  
Sales a la calle, esperas  
que haya una tercera vez.

No todos los caminos me han llevado a Roma  
(tal vez esa oferta expiró con las estatuas  
de los emperadores en el suelo),  
pero tampoco me han apartado de ella:  
por las noches leo a mis poetas  
y recuerdo bien dónde iban las largas  
y las breves, dónde estaban los trucos de la métrica.  
No he olvidado esos caminos aunque los míos  
sean corrientes de isla griega, meandros  
egipcios, bosques turcos. Leo y camino  
con la alegría del cazador que reconoce  
los cortes en la brecha.

Ordeno un poco la mesa, abro el cuaderno:  
hoy estoy decidido a escribir sólo en presente,  
celebrar el momento, éste de aquí y no otro.  
Aunque sea por una vez voy a dejar de lado  
el paso insolente del tiempo, la palabra cerrada,  
la frontera atrás, la ecuación resuelta.  
Hay un cierto barullo en la calle de enfrente  
que me distrae. Me asomo (presente, todo en presente).  
Veo llegar un coche funerario. Cierro el cuaderno.  
El pasado acaba de llegar a recuperar lo que es suyo.

Y toda la gente que va en este avión  
¿cómo habrá dejado su casa?  
Trato de adivinar quién ha salido a toda prisa  
–los platos sucios y la cama sin hacer–,  
quién ha esperado al taxi escuchando música  
clásica y dejado la mesa puesta para volver a cenar,  
quién, secretamente, no planea volver esta vez.

Vengo haciendo este juego inútil hace tantos años  
que tengo toda una tipología imaginaria del viajero,  
igualmente inútil y que ya ni siquiera me divierte.

Pero sigue inquietándome pensar qué pasaría  
si uno de ellos se equivoca y vuelve a la casa  
que no le corresponde. Qué gesto haría  
al dejar caer el abrigo en el sofá  
y mirarse en esas fotos en las que no se reconoce.  
Si vuelve y te ve de nuevo sentada en esta silla.